

pales y judiciales, fueron como las elecciones para la Asamblea, malas para el partido republicano, y aquí tuvo éste que defenderse de la misma manera que en la Convención, esto es, apoderarse de la designación de los magistrados en donde no se hubieron terminado las elecciones dentro del plazo legal, porque las Cámaras lo autorizaron negándose á dar un día más de elecciones por ser esto inconstitucional, y luego por aplicar con mano firme el artículo de la Constitución que autorizaba á los directores á separar á los funcionarios públicos dando á conocer los motivos de su destitución. En fin, como la Constitución determinaba igualmente que en cada departamento pudiera haber un representante del gobierno encargado de vigilar las autoridades, esto se cumplió al pié de la letra y la vigilancia llegó á ser hasta inquisitorial, en efecto, no pocos funcionarios fueron separados por causa de superstición y fanatismo. La circular de Merlin de Douai,—9 de Diciembre de 1795,—encargando la vigilancia á los tribunales de los manejos de los realistas, de los curas refractarios y de los soldados desertores, podían haberla firmado Robespierre y Saint-Just. De modo que al paso atrás que había dado el país contestaban enérgicamente el Directorio y las Cámaras tirando fuertemente adelante.

Así, Carnot, fué quien propuso el medio de salvar la situación económica verdaderamente insostenible, por medio de un impuesto forzoso que debían pagar solo los ricos, «que ya era hora,—decía la exposición de motivos del decreto presentado á las Cámaras,—que los ricos tomaran su parte de las cargas de la revolución que hasta entonces habían sobrellevado el patriotismo de los pobres.» Este empréstito se fijó en seiscientos millones en metálico, pero se declaró que se recibirían los asignados por su valor en el mercado que continuaba siendo el de medio por ciento, de modo que se calculaba que si todo el mundo pagaba en asignados, se lograrían recoger los treinta mil millones de ellos que habían en circulación, con solo la mitad del empréstito. Este proyecto fué aprobado salvo algunas rectificaciones en las categorías y número de personas que debían abonarlo, viniendo á caer sobre el cuarto de la población que tuvo que pagar cuotas que variaban de cincuenta á seis mil francos. Tres días después,—el 9 de Diciembre,—se decretó que todos los contribuyentes pagarían sus cuotas dentro de dos meses, en dinero ó granos al precio corriente, ó en asignados á la tasa de 1 por 100, previniéndose á los morosos que pasado dicho término sólo se les recibirían los asignados al cambio corriente. Como

se ve, todas las operaciones tenían por objeto recoger la masa de los asignados.

Pero el impuesto no dió los resultados que se esperaban por las dificultades de aplicación y por la miseria que reinaba en el país. Entonces resolvió limitar la emisión de asignados hasta cuarenta mil millones á lo que se corría de prisa, y la creación de un nuevo papel, los bonos del Tesoro, por treinta millones tan solamente con garantía del producto del impuesto forzoso y reembolsables en dinero dentro de tres meses, pero apenas se lanzaron al mercado, la Bolsa no los recibió sino á un cincuenta por ciento de su valor, y esta baja fué aumentando al saber que el gobierno había por su parte, al objeto de reunir la cantidad que necesitaba, duplicado la emisión.

Por otra parte se procuraron hacer las más severas economías, y en pocos días fueron declarados cesantes doce mil empleados públicos, que naturalmente habían de ser una remora para la marcha política, y un buen auxiliar de la reacción.

La reacción contaba en aquellos momentos en París con más de sesenta periódicos que de la cruz á la fecha no hacían más que combatir á los hombres de la situación con toda clase de armas y sin el menor respeto de las leyes y costumbres sociales. La libertad de la prensa era ilimitada y la prensa se aprovechaba de ella para presentar al desnudo el mundo elegante de la situación, acudiendo á los salones de Barras y de Rewbell que había acabado por tener una verdadera corte, y en donde, es cierto, se hacía girones de los restos de las fortunas públicas. Pero republicano y jacobino el gobierno, apoyó la reconstitución de las asociaciones políticas y el club del Pantheon que se reunía en un café vecino de dicho monumento llegó á tener una gran importancia, extendiéndose por toda la nación á pesar de estar prohibidas las filiaciones. Pero los hombres que allí se reunían eran los antiguos clubistas de 1793, y era de preveer que estos hombres á la corta ó á la larga se encontrarían enfrente del Directorio, porque esos hombres á quienes no podían dirigir los miembros del Directorio ostensiblemente, como lo hacían los miembros del gran Comité de Salvación Pública con los jacobinos, habían de extraviarse fácilmente, y aún aparecer todos cómplices de los más radicales, por ejemplo de Baboeuf que beneficiaban la situación política de momento para escribir verdaderas atrocidades en su diario *El Tribuno del pueblo*. Marat mismo se hubiera asustado. Baboeuf sostenía que la propiedad era la fuente de todos los males y el crimen la consecuencia natural

de una sociedad que no era más que una cueva de ladrones.

Esta recrudescencia del radicalismo fué causa de que se organizara en el cuerpo legislativo el partido moderado que hasta entonces había andado disuelto. Dupont de Nemours, el general Dumas uno de los más belicosos adversarios de los republicanos en la Asamblea legislativa de 1792 y Portalis constituyeron desde luego en los Quinientos un centro de resistencia que fué cada día aumentando procurando en seguida un apoyo en el Consejo de los Ancianos. El grupo se reunía dos veces por semana y aunque realistas todos ellos, como eran constitucionales, es decir liberales, y la corte de Verona continuaba siendo enemiga de todo liberalismo, en todo pensaban menos en una restauración monárquica. Todas sus esperanzas las ponían en el nuevo tercio de diputados que debían darles la mayoría en el año próximo, pues no dudaban que las elecciones continuarían favoreciendo á los hombres de opiniones moderadas. Sin embargo, no por esto se resignaron á un papel pasivo y aún se comprometieron sin resultado, por ejemplo, cuando á primeros de 1796 quisieron sostener á diez de sus colegas á quienes la ley del 3 de brumario que excluía del desempeño de los cargos públicos hasta la paz general á los parientes de los emigrados. Quisieron pues anular esta ley de la Convención negando que pudiera hacerla después de las elecciones, pero la mayoría rechazó su modo de ver y mantuvo la ley.

Pocos días después, el 9 de Enero de 1796, una nueva y más grave cuestión les puso de nuevo en la brecha, pues Pons de Verdun presentaba á los Quinientos el dictamen de la Comisión sobre la confiscación y venta de la parte de los bienes de los hijos de los emigrados ausentes que había reservado la ley de confiscación de 1794, y que ya por otra de 28 de Abril de 1795 se había resuelto vender sin que se cumpliera lo dispuesto.

Reunidas la derecha constitucional con los nuevos diputados, atacaron el dictamen, pero Boissy d'Anglas y en particular Dumolard la atacaron con tanto desenfado y menosprecio de la revolución, que este último fué censurado por la Asamblea siendo causa de que se adoptara el dictamen por gran mayoría. En los Ancianos Portalis la combatió también pero fué Lanjuinais quien se levantó contra una ley que hacía pagar á los hijos las faltas de los padres logrando que se rechazara por cien un votos contra ochenta y seis.

Esta victoria exasperó al Directorio que creía haber encontrado un medio para hacer dinero, y so-

bre todo porque se revelaba un partido antirevolucionario capaz de una restauración. Así resolvió desafiarse de nuevo en una cuestión de las más arriesgadas.

Los Comités revolucionarios y la Convención, habían sido las autoridades legales para borrar de las listas de emigrados á aquellos á quienes se había inscrito en ellas injustamente. ¿A quién competía ahora la radiación? El Directorio reclamaba para sí este gran privilegio que la oposición quería dar á los tribunales. Entablada la discusión se planteó la cuestión política en toda su desnudez, se hizo ver que los tribunales radiarían en masa á los emigrados y la petición del Directorio pasó lo mismo en la Cámara de los Quinientos que en la de los Ancianos á pesar de la oposición de Portalis.

No se contentó el Directorio con este triunfo. Creyéndose amenazado por la reacción realista, resolvió la venta en masa de los bienes de los emigrados esperando encontrar en los compradores el apoyo que en la opinión parecía que ya no encontraban las ideas republicanas.

Para esto se necesitaba un ministro de Hacienda enérgico y revolucionario, y éste hombre se encontró en Ramel que substituyó el 2 de Febrero de 1796 á Faypoult que salió para Génova en calidad de embajador. Ramel que conforme á lo acordado por la Convención propuso que se destruyeran las planchas con que se estampaban los asignados en 21 de Febrero por haberse llegado al límite de los cuarenta mil millones de asignados, esperaba que una vez público el destrozo de las planchas y de las prensas, el valor de los asignados aumentaría, y como á precio de cotización valía el millar de millones que aún guardaba en cartera cuarenta millones en plata, esperaba encontrar un recurso que junto con la economía de setenta y seis millones resultado del decreto que suprimía la distribución de víveres en París, excepto para los acreedores del Estado y empleados á quienes se pagaba en asignados, podía dar lugar á levantar el crédito público, que una sociedad de banqueros se proponía por su parte favorecer, siempre que se la autorizase para emitir billetes de banco, á lo que no se oponía Ramel, antes al contrario, le ofreció una gran parte de bienes nacionales por ochocientos ochenta millones y algunas rentas del Estado, si el Banco se comprometía á abonar mensualmente al Estado veintiseis millones, y por ello pasaba la sociedad que presidía el diputado Laffon Ladebat quien por su parte se esforzaba en hacer pasar sus planes y los del ministro.

Pero todos esos proyectos fracasaron á pesar del



apoyo del Directorio, y de una vergonzosa y complaciente intervención de los Ancianos que aprobaron unos proyectos que los Quinientos habían rechazado, porque los jacobinos ó revolucionarios no querían que en modo alguno viniera un banco á apoderarse de los cordones de la bolsa del Estado que ellos creían tener con los asignados, cuyo valor creían aumentaría con el auto de fe que, en efecto,

se hizo con sus planchas y prensas en plena plaza Vendome el dicho día 21 de Febrero, pero pocos días después el valor de los asignados, que era de un tercio por ciento el 21 de Febrero, bajó un cuarto, pues pasado balance resultó que en vez de haberse impreso 40.000 millones de asignados se habían impreso 45.000 millones, si bien en circulación sólo habían 39.000 millones. Forzar el mercado, levantar



MADAME TALLIEN (Nuestra Señora de Thermidor)

el crédito de los asignados, imponerlos por el 50 por ciento de su valor y vender los bienes de los emigrados, tales eran las medidas económicas que encontraban partidarios en los Quinientos. Hubiérase pues dicho que se estaba aún en pleno terror. Por lo menos existía para la Hacienda.

Para que los asignados recobraran su perdido crédito y valor, no había más que un medio, recoger de ellos la mayor cantidad posible y esto sólo se veía fácil haciendo que se pagase con todo rigor el impuesto forzoso, por cuyo medio se creía poder reducir su circulación á un valor de veinte mil millones.

En medio de todos estos apuros sonaba tempestuosa la voz de Baboeuf, quien desde su diario y su compañero Darthe desde el club del Pantheon, pedían un nuevo 2 de Setiembre contra los que querían

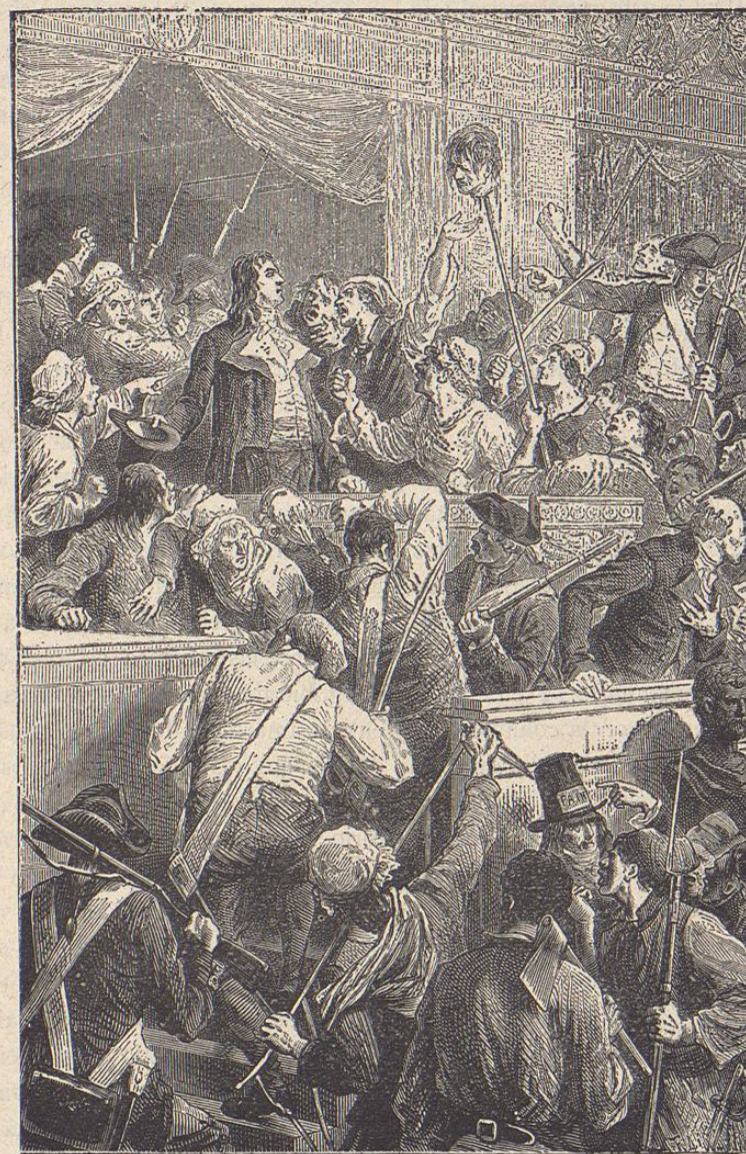
hacer morir de hambre al pueblo de París esto que, desde el 16 de Febrero, el Directorio había resuelto que se continuasen alimentando á París en donde en realidad era imposible la existencia á todos cuantos tenían que ver con los asignados.

Carnot que recordaba cómo se formaba la opinión y se llegaba á los crímenes más atroces, pidió severas medidas de represión, pero el joven comandante del ejército del interior llamado á Consejo declaró que no había que preocuparse, que Carnot tenía razón, y que todo se podría arreglar cerrando los clubs Jacobinos ó demagógicos junto con tal ó cual salón de la alta sociedad, y así se decretó, cumpliendo el general Bonaparte lo ofrecido. Cerráronse los clubs y los salones el 27 de Febrero de 1796, sin que el orden se turbara ni por un momento y Baboeuf tuvo que esconderse y para tenerle sujeto se

le envolvió en un complot realista, lo que era una iniquidad.

Esta energía reanimó la confianza pública, viniendo á levantarle en aquellos momentos aún más la noticia de la completa pacificación de la Vendée.

Había en la Vendée pasado lo que había previsto Charette al ser abandonado cobardemente por el conde de Artois. La masa del país, convencida de que se había en vano sacrificado por una idea sin arraigo y sin defensores, mostró, tan pronto Artois



Boissy d'Anglas saluda la cabeza de Feraud

se volvió á Inglaterra, vivos y reales deseos de paz. Así allí en donde aparecía una columna republicana, era acogida con señaladas muestras de afecto, y con rendido acento pedían los pueblos que los protegieran contra los que estaban aún en armas. Estas partidas iban por un lado siendo cada día menos importantes, y como sucede siempre que toca á su fin una guerra civil, estas partidas se convertían insensiblemente en cuadrillas de bandoleros. Solo Charette conseguía tener reunidos á su alrededor

algunos miles de hombres que daban significación á la guerra.

Hoche había sabido aprovechar maravillosamente las disposiciones del país para lograr la paz. Dió órdenes severas á sus soldados y estas órdenes se cumplían con el más extremado rigor. Se fusilaba sin piedad y sobre la marcha conforme á las leyes vigentes, á todo hombre cogido con las manos en las armas. Pero á los que se presentaban con ellas, á pesar de las órdenes se les mandaba á sus casas.